

LOS ZAPATOS

Esa tarde, mientras se ponía el sol, los vio.

La fiesta era esa noche. Y Leila, por mucho que había buscado, no tenía zapatos decentes para llevar.

Pasando por esa vidriera, ahí estaban. De taco alto y brillantes, casi hipnotizantes. No combinaban con el resto de la tienda, polvorienta, antigua, desordenada y pobremente iluminada.

No, esos zapatos no pertenecían ahí. Pertenecían a un gran evento, a una pasarela. Pertenecían con ella.

Entró sin pensarlo demasiado. Cuando abrió la puerta, sonó una suave campanilla.

Caminó directamente hacia la caja de vidrio que los contenía. Casi que iluminaban todo el negocio.

Cuando estaba estirando el brazo para tocar la caja, una voz la interrumpió.

– Hola, niña – la voz sonaba ronca – ¿Qué buscas?

Leila giró la cabeza. La voz provenía de una mujer anciana. No tenía piernas desde la rodilla, y por eso estaba sentada en una silla de ruedas. Una inválida, pensó Leila.

– Hola, quería consultar el precio de estos zapatos.

– Esos de ahí cuestan diez mil pesos.

– Eso es mucho. No puedo pagar eso.

Desde su silla, la mujer se encogió de hombros.

– Entonces, no hay nada que hacer, linda.

La anciana giró la silla y le dio la espalda, decidida a volver a sus cosas para no tener que lidiar con una cliente molesta e indecisa.

Fue entonces que Leila vio la oportunidad. En cuestión de segundos, abrió la puerta de la caja, arrebató los zapatos y salió corriendo del negocio con una mueca de triunfo. Para cuando la anciana mujer había procesado lo sucedido, ya era demasiado tarde; Leila estaba a varias cuadras del lugar.

Mientras corría con un zapato en cada mano, la chica se decía que estaba arrepentida, que nunca más haría algo así y que estaba decepcionada de sí misma. Pero, seguía corriendo. Aunque intentaba censurar y evitar todos los pensamientos que glorificaban su acción, no podía evitar pensar cosas como “Igual no iba a necesitarlos” o “¿Y qué va a hacer al respecto? ¿Perseguirme?”. Y por más que tratara de contenerse, tampoco podía evitar sonreír un poco.

Su casa estaba a pocas cuadras más, y sólo dejó de correr en la última, debido al cansancio y agitación. Quería tener su tesoro asegurado dentro de la casa lo más pronto posible, y, además, le quedaba poco tiempo para prepararse para la fiesta.

Cuando por fin pudo cerrar la puerta con llave y sentarse en la cama a contemplar el radiante par de zapatos que llevaría a la fiesta, se olvidó todo acerca de contener su orgullo. Estaba en las nubes de felicidad. Todos pensarían que era millonaria.

Terminó de bañarse y llamó un taxi. Se puso el vestido, tomado prestado de su prima, ya que ella no había encontrado en su armario, nada parecido a uno de fiesta, se peinó el pelo, se puso los accesorios,

y, por último, se colocó los zapatos. Le calzaban perfecto. La hacían ver más esbelta. Leila ya ni siquiera quería sentirse mal. Había hecho lo correcto. Esos zapatos la habían estado esperando desde el día que habían sido fabricados.

Escuchó ruidos de motor, y miró a través de la ventana. Su taxi había llegado.

Apenas se sentó en el asiento y le dijo direcciones al conductor, sacó el celular, que estaba en silencio. Y cuál fue su sorpresa al ver que su mejor amiga, tres chicos y cinco chicas más le habían escrito preguntándole dónde estaba. Eso nunca le había sucedido antes. Leila tenía la autoestima cada vez más alta. Se aseguró de dejarlos a todos en visto y siguió con su viaje.

Apenas llegó, empezó su buena suerte. Había una mesa llena de sus comidas favoritas. Su grupo de amigas la estaba esperando y la llamaron a gritos cuando la vieron. Juntas bailaron las mejores canciones. Todas las miradas estaban sobre ella, que presentía que bailaba mejor que nunca. ¡Y decían que con zapatos altos era difícil moverse! No. Apenas sentía sus pies. Parecía como si levitara.

Incluso había mozos, y parecía que siempre fueran a ofrecerle de la bandeja primero a ella. Cuando por fin se podía pedir bebidas de la barra, la dejaron ponerse primera en la fila.

Las miradas seguían sobre Leila, y ella, feliz con toda la atención.

No parecía haber demasiadas parejas bailando, pero tuvo la oportunidad de bailar con todos los chicos que quiso. Elegía, bailaba con ellos una parte de la canción, y se movía al siguiente dejándolos parados y confundidos.

En fin, pasó las mejores horas que había pasado en demasiado tiempo.

Ya mucho más tarde, con la luna bien arriba, atravesó la puerta, exhausta, y salió. La amiga que manejaba la estaba esperando con otras dos chicas en su auto, y se ofreció a llevarla a su casa, primero.

Leila entró sin despedirse ni agradecer a su amiga, y se tiró en la cama. Estaba agotada, pero más que satisfecha. Sin prender la luz, se sacó los zapatos y los puso con amor sobre una silla al lado de la cama. Después se sacó el vestido, y se puso el pijama.

Al apoyar la cabeza en la almohada, miró los zapatos sobre la silla una vez más, y sonrió. Había planeado devolverlos al día siguiente, pero esta experiencia le había hecho cambiar de opinión. En solo una noche, se había dado cuenta de que su suerte había mejorado desde que los poseía, y estaba convencida de que esos zapatos tenían algo. No sabía qué, pero algo.

Cerró los ojos, y se durmió al instante.

En poco tiempo, entró en un estado de sueño profundo. Empezó a soñar. Soñaba cosas hermosas, como que estaba con sus amigas en una playa privada, y se quedaban en el mejor hotel del lugar. Conocían gente nueva, comían sin culpa y la pasaban genial.

En un momento, subían todas a la terraza del hotel, a mirar el atardecer. Leila se acostaba para estar más cómoda. Terrible error. No podía moverse bien. Intentaba pararse, pero volvía a caerse.

Ojos la miraban raro. Miradas pesadas sobre ella. Estaba recibiendo demasiada atención, pero atención de la mala. Se sentía muy incómoda con todos los ojos mirándola. Se distrajo y, con un mal movimiento, rodó con su cuerpo y entonces comenzó la caída libre hacia el piso.

Cuando estaba por estrellarse, despertó, sobresaltada.

Después de procesar lo que había sucedido, rio para sí misma. Era otro de esos sueños en los que parece que te caes, pero después te despiertas. Era normal.

La tenue luz de la calle se filtraba por la ventana, iluminando la silla con los zapatos. Ahí seguían; tan hermosos como cuando los dejó. Miró su reloj, bostezando; todavía era de noche. Se destapó dispuesta a levantarse para ir al baño. Lo que vio le heló la sangre.

Sus piernas, sus largas y hermosas piernas, habían desaparecido. A su lado, los zapatos parecían brillar aún más.

Leila pegó un grito de terror que se extendió por varias cuadras.

En la distancia, la vieja mujer dueña de la tienda dormía, satisfecha, ya que hoy había llevado su silla de ruedas al patio trasero; mañana organizaría una venta de garaje.